

Una visión inglesa de la Monarquía

TOM BURNS

Walter Bagehot, el influyente comentarista Victoriano que escribió *The English Constitution* sobre la —no escrita— constitución del Reino Unido, resumió el muy limitado poder de un soberano constitucional con la fórmula de que éste podría "ser aconsejado y dar consejos". La fórmula es el principio y el fin de toda la doctrina moderna sobre una Monarquía parlamentaria que entiende la constitución — asentada, en el peculiar caso británico, sobre todo el cuerpo de *English common law*— como su poder supremo y que, por lo tanto, entiende que el rey reina pero no gobierna. Las conclusiones de Bagehot fueron recordadas con acierto por Gregorio Peces Barba cuando presidió la jura de la constitución en el Congreso de Diputados por Don Felipe de Borbón, Príncipe de Asturias.

«Walter Bagehot, el influyente comentarista victoriano-no que escribió *The English Constitution* sobre la —no escrita— constitución del Reino Unido, resumió el muy limitado poder de un soberano constitucional con la fórmula de que éste podría "ser aconsejado y dar consejos"»

Esta introducción sirve para dar paso a la pregunta, ¿para qué, en tales circunstancias sirve la monarquía? En mi libro "Conversaciones sobre el Rey", Gonzalo Fernández de la Mora se detuvo en esta misma reflexión: "Un rey que no gobierna y que se limita a estar en su trono, ¿qué funciones sociales realiza? ¿Cómo se gana su sueldo sus prerrogativas y sus privilegios? El monarquismo de razón cuando se trata de reyes meramente suntuarios y simbólicos es bastante difícil". Bagehot, que era poco amigo de los monárquicos sentimentales y era un hombre admirado por el uso que hizo de la razón, escribió que la utilidad de una monarquía constitucional radicaba en la "ejemplaridad como familia" que debería mostrar a la sociedad. La familia real, en cuanto "primera familia", estaba obligada a ser un edificante espejo en el cual se

podrían, y se deberían, mirar y medir sus subditos.

Hay que recordar que Bagehot publicaba tales ideas en pleno apogeo de la reina Victoria cuando los derechos y el rango iban acompañados por las obligaciones, los deberes y la admiración de la virtud. La pax victoriana y las conductas que ejemplificaba la corte de Saint James, distaban mucho, primero, de las circunstancias revolucionarias que en esa misma época estaba viviendo la España de Isabel II y, segundo, de los chismes que cercaban al palacio real madrileño. Cánovas del Castillo, por ejemplo, se preocuparía, en la restauración, por proyectar la figura del "rey soldado", es decir una figura muy política, y dejó para un menor plano cualquier consideración sobre el papel moral frente a la sociedad que pudiese ejercer la corona.

Si Bagehot resucitase ahora vería que se ha tomado tan a pie de la letra su fórmula de "dar y recibir consejos" que en la actualidad el primer ministro británico, *Her Majesty's Prime Minister*, no se olvide, según el protocolo, decidirá exactamente qué ha de hacer en el futuro la Princesa de Gales. Hasta este punto han llegado los límites impuestos a un monarca constitucional.

La soberana podrá aconsejar que su nuera llegue a ser reina, o que se divorcie y que renuncie a serlo; podrá aconsejar que la princesa Diana cumpla determinadas funciones representando a la Corona, quizás como embajadora volante, o que se aparte del todo de la vida oficial. Pero la soberana

escuchará a su vez los consejos de su primer ministro sobre tales temas que afectan tan directamente a su familia, a su dinastía; y sabrá que en todo momento la decisión última sobre el futuro de la Princesa de Gales la tomará su primer ministro que podrá hacer uso o no, según su parecer, de los consejos reales.

Y Bagehot descubriría también que la inteligente revista londinense *The Economist*, revista que fundó y dirigió durante muchos años, presume ahora de ser republicana. *The Economist*, que es un medio adicto a la razón hasta sus últimas consecuencias, ha examinado la corona británica bajo el prisma de su utilidad y ha llegado a la conclusión de que los intereses nacionales serían mejor servidos por un presidente elegido en la jefatura del estado que por un monarca que hereda el cargo por sucesión dinástica. Lo que colmó el vaso de la paciencia de los descendientes de Bagehot en este medio fue la constatación de que la familia de la soberana ha dejado de constituir un

edificante espejo tal y como demandaba el patriarca de su revista.

Está claro que la imagen pública de la casa real de Windsor en cuanto a su "ejemplaridad familiar" está por los suelos. Atónito, el pueblo británico ha contemplado el culebrón regio de su "primera familia"; ha sido debidamente informado, directamente por los propios interesados, de desamores y de infidelidades matrimoniales.

Convendría trazar cómo se ha llegado a tal situación y preguntarse si puede ser remendada. Tales reflexiones se enmarcan

«Está claro que la imagen pública de la casa real de Windsor en cuanto a su "ejemplaridad familiar" está por los suelos. Atónito, el pueblo británico ha contemplado el culebrón regio por su "primera familia"; ha sido debidamente informado, directamente por los propios interesados, de desamores y de infidelidades matrimoniales.»



dentro de una discusión más generalizada sobre la naturaleza de una monarquía en un mundo moderno o, más exactamente, en un mundo que responde a valores y a conductas que poco tienen que ver con aquel que vivió, sin ir más lejos, el propio Bagehot. ¿Se puede, o mejor dicho se debe, pedir valores y conductas distintos, anteriores y superiores, a una familia real?

La imagen que tiene el pueblo británico de quienes están llamados a ser sus soberanos se puede resumir en pocas líneas pues es de todos conocida en esta aldea global. Los príncipes de Gales, el príncipe Carlos y la princesa Diana, se odian sin contemplaciones, como puede ocurrir en cualquier matrimonio mal avenido y desgraciado, y se hieren y se humillan en público. Los despropósitos se airean no en el patio del palacio sino en el plato de la televisión pública. Cada contrincante tiene su equipo de voceros para contar su versión de los hechos y su clac para aplaudirla. Los hechos son para todos los gustos.

Si el príncipe Carlos, según la princesa Diana, es un hombre frío, egoísta e inseguro que no da la talla de un futuro rey, la princesa Diana, según la descripción del príncipe Carlos y sus allegados, es una mujer frívola, superficial y vanidosa y, además, paranoica. Entre uno y otro, y a través de los círculos íntimos de ambos, se están sacando todos los trapos sucios habidos y por haber. Lo que es evidente es que se ha llegado a esta situación porque a juzgar por lo dicho, directa e indirectamente, de esta bronca de patio de vecinas ya no es posible mantener las apariencias.

«El príncipe Carlos no es, desde luego, el primer miembro de la familia real que ha rechazado a su esposa y que se ha dedicado a otra mujer. Lo que ocurre es que al comportarse de una manera semejante a sus antepasados, cuyas historias están repletas de lo que los cursis de hoy en día llaman "compañeras sentimentales", lo hace en unos tiempos cuando tales conductas podrán ser censuradas o no pero, desde luego, no pueden ser mantenidas en secreto.»

El príncipe Carlos no es, desde luego, el primer miembro de la familia real que ha rechazado a su esposa y que se ha dedicado a otra mujer.

Lo que ocurre es que al comportarse de una manera semejante a sus antepasados, cuyas historias están repletas de lo que los cursis de hoy en día llaman "compañeras sentimentales", lo hace en unos tiempos cuando tales conductas podrán ser censuradas o no pero, desde luego, no pueden ser mantenidas en secreto.

Por su parte la princesa Diana se ha negado en rotundo a jugar el sufrido papel de quienes ostentaban su rango en el pasado. No ha querido ser la complaciente y silenciosa víctima, y, utilizando todos los resortes de este mundo de la comunicación a su alcance, ha contado sus penosas circunstancias a quien quisiera escucharla. Los hechos demuestran que la mayoría de su país tiene muchísimo interés en poner ojos y oídos a todo cuanto ella quiera contar. Se ha rebelado y ha preparado, a conciencia, su contraataque.

Me parece que es exactamente en este cruce de conductas donde se ven en toda su crudeza las dificultades fanganas de la monarquía en un mundo moderno. El misterio, el terror si se quiere, que era tan consustancial con la institución como ésta lo era con la historia del país, ha desaparecido. La princesa Diana reacciona como lo haría cualquier hija de vecina en el

tiempo y en el espacio de hoy. Es inevi-

table que los medios de comunicación se esfuercen en transmitir sus sentimientos como si de una actriz de Hollywood se tratara.

Es precisamente aquí donde comienza un problema muy serio. Lo que antes fue un secreto, llevado con dignidad, respeto y paciencia según las partes implicadas en tales triángulos amorosos y arropado por una determinada corte y por una compacta alta sociedad que estaba dispuesta a compartir toda serie de complicidades, hoy es contado a los cuatro vientos por unos medios, populares y masificados que, dicho llanamente, han perdido el respeto a la institución. El cerco que rodeaba al soberano y a su descendencia y que permitía que se mantuviesen las apariencias ha sido pulverizado.

¿Es posible remendar esta situación?, ¿es posible que vuelvan los príncipes de Gales a ser un matrimonio ejemplar, apoyándose mutuamente y creando un hogar entre los dos? Al plantear esta pregunta se pide que ocurra una de dos cosas: o bien los príncipes de Gales den un giro de ciento ochenta grados en sus relaciones, o bien, si ellos no son capaces de rehacer su vida conjunta, que los medios de comunicación hagan la labor y comiencen a contar ficciones en lugar de verdades. Nadie que haya seguido la saga de este matrimonio y que conozca a los medios británicos puede, ni por asomo, creer que ni lo uno ni lo otro sea posible.

«La única conclusión es que el edificante espejo se ha roto en mil pedazos. Muy posiblemente en estos tiempos de comunicación masificada no podía ser de otra manera; la hipocresía victoriana de los tiempos de Bagehot, ese homenaje que, como decía una de sus víctimas, Osear Wilde, rinde el vicio a la virtud se ha batido en retirada.»

La única conclusión es que el edificante espejo se ha roto en mil pedazos. Muy posiblemente en estos tiempos de comunicación masificada no podía ser de otra manera; la hipocresía victoriana de los tiempos de Bagehot, ese homenaje que, como decía una de sus víctimas, Osear Wilde, rinde el vicio a la virtud se ha batido en retirada.

Para mantener, su *majestatis*, para provocar misterio, inspirar terror y demandar reverencia, la corona tiene que ser vista y entendida como una institución totalmente separada, por estar llena de ejemplares virtudes familiares, de nuestro diario quehacer. En el momento en que se rebaja al nivel del patio/plato y que se revela como algo reconocible, por sus pequeneces traicioneras y por sus venales vulgaridades, por cualquier hijo de vecino televidente, ha perdido su razón de ser.

La monarquía británica pudo ganar un siglo más de vigencia, una vez cumplida su función política, porque supo desarrollar la fórmula de Bagehot, o al menos mantener la ficción de que lo hacía. La Corona en España ha agotado ya su papel gobernante. Para continuar reinando no tendrá más remedio que ser un compendio de virtudes ejemplares. Todo me hace creer que los medios españoles comenzarán en un futuro cercano a perder el respeto a la Corona que hasta la fecha ha distinguido su tratamiento público de la institución.